

que por ella dirigía al Padre celestial. Puesto que —bástenos recordar esto— todos conocen, Venerables Hermanos, que El, cuando estaba ya para subir al patíbulo de la cruz, oró fervorosamente por Pedro ⁽¹⁸⁹⁾, por los demás Apóstoles ⁽¹⁹⁰⁾, por todos aquellos que mediante la predicación de la palabra divina habían de creer en El ⁽¹⁹¹⁾.

Por los miembros de la Iglesia

Imitando, pues, este ejemplo de Cristo, roguemos cada día al Señor de la mies, para que envíe operarios a su mies ⁽¹⁹²⁾; y elevemos todos cada día a los cielos la común plegaria y encomendemos a todos los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo. Y ante todo, a los Obispos a quienes se les ha confiado especialmente el cuidado de sus respectivas diócesis; luego a los sacerdotes y a los religiosos y religiosas, quienes llamados a la herencia de Dios, ya en la propia patria, ya en lejanas regiones de infieles defienden, acrecientan y propagan el Reino del divino Redentor. Esta común plegaria no olvide, pues, a ningún miembro de este venerado Cuerpo, pero recuerde principalmente a los que están agobiados por los dolores y las angustias de esta vida terrena, o a los que ya fallecidos se purifican en el fuego del purgatorio. Tampoco pase por alto a aquellos que se instruyen en los preceptos cristianos para que cuanto antes puedan ser perdonados con las aguas del Bautismo.

Y ardientemente deseamos que se extiendan también con encendida caridad estas comunes plegarias a aquellos que o todavía no han sido iluminados con la verdad del Evangelio, ni han entrado en el seguro aprisco de la Iglesia, o, por una lamentable escisión de fe y de unidad, están separados de Nos que, aunque inmerecidamente, representamos en este mundo la persona de Jesucristo. Por esta causa repitamos una y otra vez aquella oración de nuestro Salvador al Padre celestial: «Que todos sean una misma cosa, como tú, Padre, estás en mí y yo en tí, así también ellos sean una misma cosa en nosotros; para que crea el mundo que tú me has enviado» ⁽¹⁹³⁾.

Por los que todavía no son miembros

También a aquellos que no pertenecen al organismo visible de la Iglesia Católica, ya desde el comienzo de Nuestro

(189) — Cf. Luc., XII, 32.

(190) — Cf. Joann., XVII, 9-19.

(191) — Conf., Joann., XVII, 20-23.

(192) — Cf., Math., IX, 38; Luc., X, 2.

(193) Joann., XVII, 21.

Pontificado como bien sabéis, Venerables Hermanos, Nos los hemos confiado a la celestial tutela y providencia, solemnemente afirmado, a ejemplo del Buen Pastor, que nada llevamos más en el corazón que el que tengan vida y la tengan en más abundancia ⁽¹⁹⁴⁾. Esta Nuestra solemne afirmación deseamos repetirla por medio de la presente Carta Encíclica, en la cual hemos cantado las alabanzas «del grande y glorioso Cuerpo de Cristo» ⁽¹⁹⁵⁾, implorando las oraciones de toda la Iglesia para invitar de los más íntimo del corazón a todos y a cada uno de ellos a que rindiéndose libre y espontáneamente a los internos impulsos de la gracia divina, se esfuercen por salir de ese estado, en el que no pueden estar seguros de su propia salvación eterna ⁽¹⁹⁶⁾; pues, aunque por cierto inconsciente deseo y voto están ordenados al Cuerpo místico del Redentor, carecen sin embargo de tantos y tan grandes dones y socorros celestiales, como sólo en la Iglesia Católica es posible gozar. Entren, pues, en la unidad católica y, unidos todos con Nos en el único organismo del Cuerpo de Jesucristo, converjan en una sola Cabeza en comunión de amor gloriosísimo ⁽¹⁹⁷⁾. Sin interrumpir jamás las plegarias al Espíritu de amor y de verdad, Nos los esperamos con los brazos elevados y abiertos como a los que vienen no a casa ajena sino a la propia casa paterna.

Pero si deseamos que la incesante plegaria común de todo este Cuerpo místico se eleve a Dios, para que todos los descarriados entren cuanto antes en único redil de Jesucristo, declaramos con todo que es absolutamente necesario que esto se haga libre y espontáneamente, ya que nadie cree sino queriendo ⁽¹⁹⁸⁾. Por esta razón si algunos, sin fe, son de hecho obligados a entrar en el edificio de la Iglesia y acercarse al altar y recibir los Sacramentos, éstos sin duda no por eso se convierten en verdaderos fieles de Cristo ⁽¹⁹⁹⁾; porque la fe sin la cual «es imposible agradar a Dios» ⁽²⁰⁰⁾ debe ser un libérrimo «homenaje del entendimiento y de la voluntad» ⁽²⁰¹⁾. Si alguna vez, pues, aconteciere que, contra la constante doctrina de esta Sede Apostólica ⁽²⁰²⁾, alguien es llevado contra su voluntad a abrazar

(194) — Cf. Litt. enc. Summi Pontificatus: A. A. S., 1939, p. 419.

(195) — Iren., Adv. Hær., IV, 33, 7; Migne, P. G., VII, 1076.

(196) — Cf. Pius IX, Iam vos omnes, 13 sept. 1868: Act. Conc. Vat., C. I., VII, 10.

(197) — Cf. Gelas, I. Epist. XIV: Migne, P. L. LIX, 89.

(198) — Cf. August. In Joann. Ev. tract. XXVI, 2; Migne, P. L. XXX, 1607.

(199) — Cf. August. Ibidem.

(200) — Hebr., XI, 6.

(201) — Conc. Vat., Const. de fide cath., cap. 3.

(202) — Cf. Leo XIII, Immortale Dei: A. S. S., XVIII, pp. 174-175; Cod. Iur. Can., c. 1351.

la fe católica. Nos consciente de nuestro oficio, no podemos menos de reprobalo. Pero, puesto que los hombres gozan de una voluntad libre y pueden también, impulsados por las perturbaciones del alma y por las deparadas pasiones, abusar de su libertad, por eso es necesario que sean eficazmente atraídos por el Padre de las luces a la verdad, mediante el Espíritu de su amado Hijo. Y si muchos, por desgracia, viven aún alejados de la verdad católica y no se someten gustosos al impulso de la gracia divina, se debe a que ni ellos ⁽²⁰³⁾ ni los fieles dirigen a Dios oraciones fervorosas por esta intención. Nos por consiguiente exhortamos una y otra vez a todos a que, inflamados en amor a la Iglesia, a ejemplo del divino Redentor, eleven continuamente estas plegarias.

Por los gobernantes

Y principalmente en las presentes circunstancias parece ser, más oportuno, necesario que se ruegue con fervor por los Reyes y Príncipes y por todos aquellos que, gobernando a los pueblos, pueden con su tutela externa ayudar a la Iglesia; para que, restablecido el recto orden de las cosas, «la paz, que es obra de la justicia» ⁽²⁰⁴⁾, emerja para el atormentado género humano, de entre las aterradoras olas de esta tempestad, mediante el soplo vivificante de la caridad divina, y nuestra piadosa Madre la Iglesia pueda llevar una vida quieta y tranquila en toda piedad y castidad ⁽²⁰⁵⁾. Se ha de suplicar insistentemente a Dios que todos los que están al frente de los pueblos amen la sabiduría ⁽²⁰⁶⁾, de tal suerte que jamás caiga sobre ellos aquella gravísima sentencia del Espíritu Santo: «El Altísimo examinará vuestras obras y escudriñará los pensamientos, porque, siendo ministros de su reino, no habéis juzgado rectamente ni observado la ley de la justicia, ni habéis procedido según la voluntad de Dios. De manera espantosa y repentina se os presentará, porque se hará un riguroso juicio de aquellos que ejercen potestad sobre otros. Porque con los pequeños se usará misericordia, mas los poderosos sufrirán grandes tormentos. Porque Dios no exceptuará persona alguna ni respetará la grandeza de nadie; ya que El ha hecho al pequeño y al grande y cuida por igual de todos; si bien a los más grandes amenaza un tormento mayor. A vosotros por lo tanto, Reyes, se dirigen estas mis palabras, para que aprendáis la sabiduría y no perezcaís» ⁽²⁰⁷⁾

(203) — Cf. August. *Ibidem*.

(204) — *Is.*, XXXII, 17.

(205) — *Cf. I. Tim.*, II, 2.

(206) — *Cf. Sap.*, VI, 23.

(207) — *Ibidem.*, VI, 4-10.

d) — Cumpliendo lo que resta que padecer a Cristo

Cristo nuestro Señor mostró su amor a la Esposa sin mancha no sólo con su intenso trabajo y su constante oración, sino también con sus dolores y angustias, sufridas por ella libre y amorosamente. «Habiendo amado a los suyos... los amó hasta el fin» ⁽²⁰⁸⁾. Y no ganó la Iglesia sino con su sangre ⁽²⁰⁹⁾. Decididos, pues, sigamos estas huellas sangrientas de nuestro Rey, como lo exige nuestra salvación que hemos de poner a buen seguro: «que si hemos sido injertados con El por medio de la representación de su muerte: igualmente lo hemos de ser representando su resurrección» ⁽²¹⁰⁾, y si «morimos con él, también con él viviremos» ⁽²¹¹⁾. Esto lo exige también la caridad genuina y eficaz de la Iglesia y de las almas por ella engendradas para Cristo. Porque aunque nuestro Salvador por medio de crueles sufrimientos y de una acerba muerte mereció para su Iglesia un tesoro infinito de gracias, sin embargo estas gracias, por disposición de la divina Providencia, no se nos conceden todas de una vez; y la mayor o menor abundancia de las mismas depende también no poco de nuestras buenas obras, con las que se atrae sobre las almas de los hombres esta lluvia divina de celestiales dones gratuitamente dada por Dios. Y esta misma lluvia de celestiales gracias será ciertamente abundantísima, si no solamente elevamos a Dios ardientes plegarias, sobre todo participando con devoción, si es posible diariamente, del Sacrificio Eucarístico; si no solamente nos esforzamos en aliviar con obras de caridad los pesares de tantos menesterosos; sino si también preferimos a las cosas caducas de este siglo los bienes impercederos y si domamos con mortificaciones voluntarias este cuerpo mortal, negándole las cosas lícitas e imponiéndole las ásperas y árduas; si, en fin, aceptamos con ánimo resignado, como de las manos de Dios, los trabajos y dolores de esta vida presente. Porque así, según el Apóstol, cumpliremos en nuestra carne lo que resta que padecer a Cristo en pro de su Cuerpo místico, que es la Iglesia ⁽²¹²⁾.

Al escribir esto, se presenta desgraciadamente ante Nuestros ojos una ingente multitud de infelices desventurados que Nos hace llorar amargamente: Nos referimos a los enfermos, a los pobres, a los mutilados, a las viudas y huérfanos y a muchos otros, que por sus propias calamidades o las de los suyos, no

(208) — *Ioan.*, XIII, 1.

(209) — *Cf. Act.*, XX, 28.

(210) — *Rom.*, VI, 5.

(211) — *II. Tim.*, II, 11.

(212) — *Cf. Col.*, I, 24.

raras veces desfallecen hasta morir. A todos aquellos, pues, que por cualquier causa yacen en la tristeza y en la congoja, con ánimo paterno les exhortamos a que, confiados, levanten sus ojos al Cielo y ofrezcan sus aflicciones a Aquél que un día les ha de recompensar con abundante galardón. Recuerden todos que su dolor no es inútil, sino que para ellos mismos y para la Iglesia ha de ser de gran provecho, si animados con esta intención lo toleran pacientemente. A la más perfecta realización de este designio, contribuye en gran manera la cotidiana oblación de sí mismos a Dios, que suelen hacer los miembros de la piadosa asociación llamada *Apostolado de la Oración*; asociación que, como gratísima a Dios deseamos de corazón recomendar aquí con el mayor encarecimiento.

Y si en todo tiempo hemos de unir nuestros dolores a los tormentos del divino Redentor, para procurar la salvación de las almas, en nuestros días especialísimamente, Venerables Hermanos, tomen todos como un deber el hacerlo así, cuando la espantosa conflagración bélica incendia casi todo el orbe y es causa de tantas muertes, tantas miserias, tantas calamidades; igualmente hoy día de modo particular será obligación de todos, apartarse de los vicios, de los halagos del siglo y de los desenfrenados placeres del cuerpo, y aun de aquella futilidad y vanidad de las cosas terrenas que en nada ayudan a la formación cristiana del alma ni a la consecución del Cielo. Más bien, hemos de inculcar en nuestra mente aquellas gravísimas palabras de Nuestro inmortal Predecesor San León Magno, quien afirma que por el bautismo hemos sido hechos carne del Crucificado ⁽²¹³⁾; y aquella hermosísima súplica de San Ambrosio: «*Llévame, oh Cristo, en la Cruz que es salud para los que yerran; sólo en ella está el descanso de los fatigados; sólo en ella viven cuantos mueren*» ⁽²¹⁴⁾.

Antes de terminar, no podemos menos de exhortar una y otra vez a todos a que amen a la Iglesia, Madre piadosa, con caridad solícita y eficaz. Ofrezcamos cada día al Eterno Padre nuestras oraciones, nuestros trabajos, nuestras congojas por su incolumidad y por su más próspero y vasto desarrollo, si en realidad deseamos ardientemente la salvación de todo el género humano redimido con la sangre divina. Y mientras el cielo se entenebrece con centelleantes nubarrones y grandes peligros se ciernen sobre toda la Humanidad y sobre la misma Iglesia, confiemos nuestras personas y todas nuestras cosas al Padre de

(213) — Cf. Ser. LXIII, 6; LXVI, 3: Migne, P. L., LIV, 357 et 366.

(214) — In Ps. 118, XXII, 30: Migne, P. L. XV, 1521.

las misericordias, suplicándole: «*Vuelve tu mirada, Señor, te lo rogamos, sobre esta tu familia, por la cual nuestro Señor Jesucristo no dudó en entregarse en manos de los malhechores y padecer el tormento de la Cruz*» ⁽²¹⁵⁾.

EPILOGO.

De la Santísima Virgen María

La Virgen Madre de Dios, cuya alma santísima fué más que todas las demás creadas por Dios, llena del Espíritu divino de Jesucristo, haga eficaces, Venerables Hermanos, estos Nuestros deseos, que también son los vuestros y nos alcance a todos un sincero amor a la Iglesia; ella que dió su consentimiento «en representación de toda la naturaleza humana» a la realización de «un matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana» ⁽²¹⁶⁾. Ella fué la que dió a luz, con admirable parto, a Jesucristo nuestro Señor, adornado ya en su seno virginal con la dignidad de Cabeza de la Iglesia, como que era la fuente de toda vida sobrenatural; la que al recién nacido presentó como Profeta, Rey y Sacerdote a aquellos que de entre los judíos y de entre los gentiles habían llegado los primeros a adorarlo. Y además su Unigénito, cediendo «en Caná de Galilea» a sus maternales ruegos, obró un admirable milagro por el que «creyeron en él sus discípulos» ⁽²¹⁷⁾. Ella fué la que libre de toda mancha personal y original, unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció como nueva Eva, al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternos y de su materno amor, por todos los hijos de Adán manchados con su deplorable pecado; de tal suerte que la Madre corporal de nuestra Cabeza, fuera por un nuevo título de dolor y de gloria, Madre espiritual de todos sus miembros. Ella fué la que por medio de sus eficacísimas súplicas consiguió que el Espíritu del divino Redentor, otorgado ya en la Cruz, se comunicara en prodigiosos dones a la Iglesia recién nacida, el día de Pentecostés. Ella en fin, soportando con ánimo esforzado y confiado sus inmensos dolores, como verdadera Reina de los mártires, más que todos los fieles «cumplió lo que resta que padecer a Cristo en sus miembros... en pro de su cuerpo

(215) — Off. Mair. Hebd.

(216) — S. Thom., III, q. 30, a. 1.

(217) — Ioann., II, 11.